



Mariano Hernández Monsalve

*La Asociación Madrileña de Rehabilitación Psicosocial acaba de publicar el último número de su Boletín. Su Directora de Publicaciones es Beatriz Pérez Aranzabal. En la sección A vuela pluma, **Mariano Hernández Monsalve**, Médico Psiquiatra, Ex Presidente de la Asociación Española de Neuropsiquiatría, escribe el excelente artículo que transcribimos a continuación. Se trata de una peculiar crónica realizada desde el futuro. ¿Cómo nos verán nuestros colegas dentro de cuarenta años? ¿Cómo juzgarán entonces los futuros profesionales de la salud mental esta época de la “(re)-habilitación”? ¿Será verdad que los tiempos están cambiando?*



VIERNES 27 DE MAYO DE 2050

Desde el futuro: Abriendo espacios y la importancia de llamarse Luis.

Mariano Hernández Monsalve.

Servicio de Salud Mental de Tetuán Comunidad de Madrid.

Sabemos que el progreso no es un proceso simple, ni lineal, ni fácilmente previsible. La Historia es muy tozuda en recordárnoslo; los avatares e itinerarios del progreso dan cuenta de su carácter saltígrado y muy a menudo imprevisible.

Por esto, muy probablemente en las páginas de [“hoy hace 40 años”](#) de la imprevisible prensa de esos días a la que alude el amigo Juan González Cases en el número anterior, nuestros impensables colegas del futuro darán cuenta de alguno de nuestros productos culturales de hoy en el campo de asistencia “*psico*” y en concreto en la (re)habilitación (en adelante, *habilitación*) psicosocial, como efectos de una época en que la cultura de la *habilitación*, para garantizar su reconocimiento social y su prestigio como práctica rigurosa, hubo de rendir tributo a las liturgias del momento, de modo que los profesionales de finales del siglo XX y comienzos del XXI se aplicaron en el *contar* y *medir* para demostrar eficacia y eficiencia, como así exigían las creencias de aquél entonces, que imponía el culto a la “*evidencia*” (perdón: pruebas) imprescindible para reconocimiento, prestigio y recepción de becas y subvenciones.

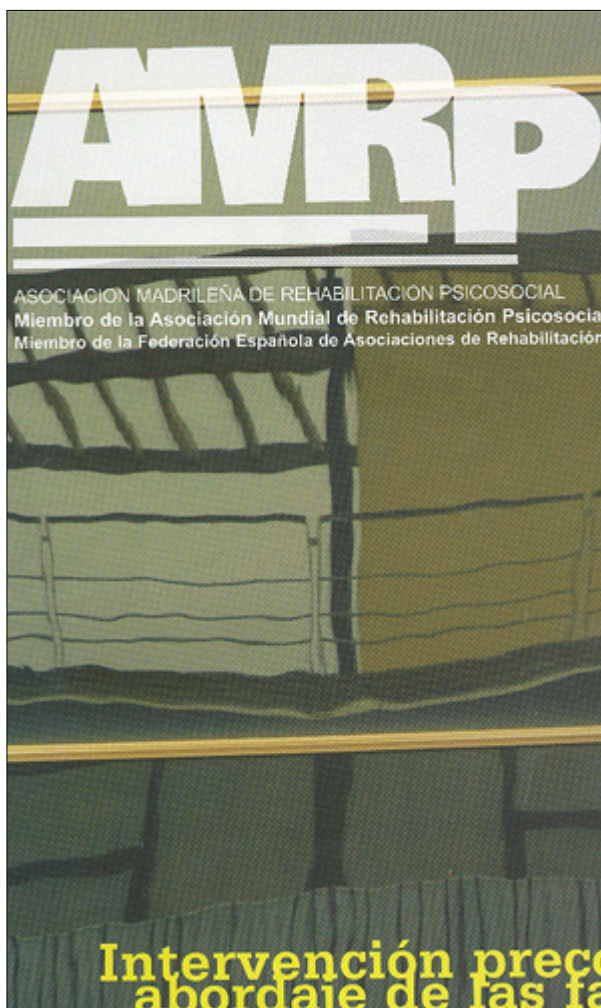
Fueron tiempos en que la *habilitación* incluía desde actividades de vida diaria y “*conciencia de enfermedad*” hasta la preparación para el trabajo y búsqueda de empleo, y el fomento de modos diversos de creatividad, mientras los laboriosos profesionales del gremio se afanaban en contar y medir para mantener becas y subvenciones.



Mariano Hernández Monsalve

Mientras tanto, el futuro, que ya había hecho acto de presencia en momentos y circunstancias insólitas –comunidad de Gëll, Fountain House, Kinsey Hall, comuna libertaria de Ciempozuelos (con un poco de imaginación) en plena Guerra Civil, comunidades terapéuticas, cooperativas sociales de trabajo– se colaba entre los intersticios de los programas oficiales, en los llamados espacios informales, ya fuera radio La Colifata al otro lado del Atlántico, o radio Nicosia en la mas próxima Cataluña, o en el idílico espacio cartujano del Centro de Arte Contemporáneo de Sevilla, donde la creación plástica de quienes se estaban (*psico*)habilitando se confundía con la de artistas consagrados, o en tantos talleres de pintura, teatro, ritmo, percusión u otras artesanías musicales... y se iban abriendo espacios (¡verdaderamente el problema no fue cerrar, fue abrir! recordaba Ernesto Venturini, desde su experiencia en la italiana Imola).

Y junto a la apertura de espacios se abrían también armarios diversos. Y así, los colegas de la época asistieron al periplo de un primer ministro nórdico, que se tomó unas semanas de baja laboral por enfermedad mental, para volver “*al tajo*” una vez se recuperó; y compartieron respetuoso asombro ante la resistencia y capacidad de la “*mente maravillosa*” del nobel Nash. Y de otros armarios salieron colegas de prestigio como Raquel Perkins (“*mis dos carreras psiquiátricas*”), Kay M. Jamison (“*Una mente inquieta*”), y en las pantallas tomaban voz y cuerpo la experiencias psicóticas de Vicente Rubio – en el logrado “*imaginarium*”-; y los avatares de lo psicótico saltaban a los circuitos comerciales u obtenían reconocimiento artístico (“*Uno por ciento esquizofrenia*” o el “*Palacio de la luna*” de Ione Hernández), el arte y la creatividad psicótica hacían acto de presencia en correspondientes santuarios de la cultura de aquellos días: en el Circulo de Bellas Artes, en las salas del Conde Duque.



Detalle portada Nº 23 del Boletín de la Asociación Madrileña de Rehabilitación Psicosocial. www.amrp.info



Mariano Hernández Monsalve

“El Proyecto Chamberlin fue un proyecto emancipador para tanta gente de ataduras y prejuicios; tras los tiempos “heróicos” de los precursores, en los tiempos laboriosos de la rehabilitación, cuando había que contar/medir para mantener subvenciones, también la imaginación, el cariño, los sueños compartidos, el humor, la creatividad hicieron acto de presencia y proporcionaron la gasolina con la que mover aquella (a veces) pesada maquinaria rehabilitadora”

Mariano Hernández Monsalve.
Boletín AMRP. N° 23.

Y ya puestos a traer a colación la información del “*Hace 40 años*” de la improbable prensa de dentro de otros tantos, se informa que en 2009 se pudo leer en alguna gaceta cultural de prestigio del momento un curioso comentario de un crítico literario sobre el hecho de que, si a finales del siglo XIX uno de los más celebres títulos en la escena fue aquel de “*la importancia de llamarse Ernesto*” del no menos célebre Oscar Wilde, allá por 2009 fue muy célebre otro que pudo haberse llamado “*la importancia de llamarse Luis*”, aunque en realidad se divulgó como excelente comic llamado “*Una Historia sobre Luis*”

¿Qué qué historia es esta? Pues según nos dicen los cronistas de la época, la historia de Luis es la historia particular de un joven cualquiera aquejado por lo que entonces se conocía como esquizofrenia, una dolencia que dio muchos quebraderos de cabeza y dio al traste con muchas vidas de gente joven. La historia de Luis, se escribió entonces, fue también en cierto modo “*un titánico esfuerzo por distinguirse de la enfermedad, aflorar la persona sobre el diagnóstico, liberarse del miedo que provocan algunas palabras*”. Aquella historia reflejaba la infraestructura vivencial y creencial de una época que rompió amarras con un pasado tenebroso, sombrío, pesimista.

Y lo más interesante de aquella historia es que fue el núcleo del llamado proyecto Chamberlin. El Chamberlin que apadrinó el proyecto fue en realidad una Chamberlin, psiquiatra de Boston para más señas, uno de esos magníficos personajes de aquella época que, al igual que Raquel Perkins, hicieron *doble carrera psiquiatrica* –una en los escenarios profesionales; y como doliente mental la otra- .

Experiencias como estas reforzaron las vías que entonces se estaban abriendo de una colaboración que fue siendo cada vez más fructífera entre profesionales y consultantes. El proyecto Chamberlin fue un proyecto emancipador para tanta gente de ataduras y



Mariano Hernández Monsalve

prejuicios; tras los tiempos “heroicos” de los precursores, en los tiempos laboriosos de la rehabilitación, cuando había que *contar/medir* para mantener subvenciones, también la imaginación, el cariño, los sueños compartidos, el humor, la creatividad hicieron acto de presencia y proporcionaron *la gasolina* con la que mover aquella (a veces) pesada maquinaria rehabilitadora, ¡hay que ver qué salero le echaron nuestros abuelos en los años del cambio de siglo! Si... abriendo espacios, ventilando prejuicios, alimentando esperanzas... y sueños.



Una historia sobre Luis.

Proyecto Chamberlin. Abril, 2009.